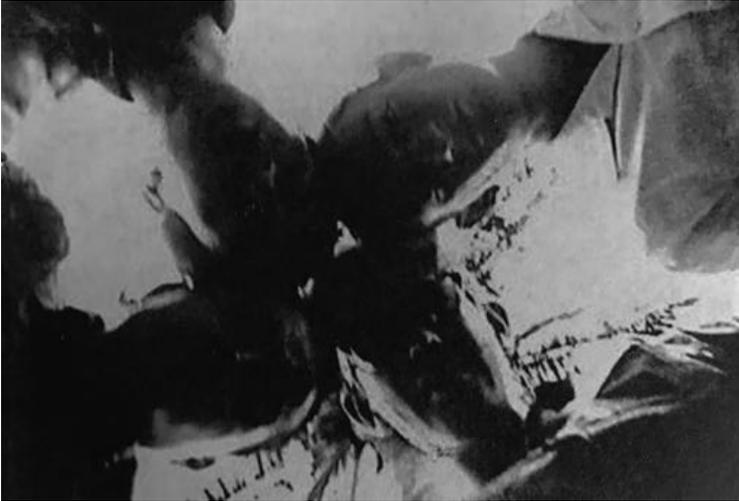


Tzántzicos dentro y fuera



27

En el año 1963 los tzántzicos hicieron un acto desacralizador que denominaron **Anfiteatro**, poesía puesta en escena realizada precisamente en el Anfiteatro del Instituto de Anatomía del Hospital Eugenio Espejo de Quito.

Ulises Estrella, en su libro testimonial *Memoria incandescente* (2003), recuerda que a mediados de ese año, en vísperas de la instalación de la dictadura militar, "los tzántzicos tuvimos una prueba de originalidad en la estética de la resistencia".

Ulises describe lo ocurrido: *La convocatoria era una cartulina negra en la que, en letras plateadas, se informaba de la participación de Un Médico, Dos Practicantes y un Muerto. Se trataba de la disección de la sociedad y en particular de la situación política. El Médico enunciaba los errores cometidos por el Muerto, que simbólicamente era el país. Y se lo veía acostado en la mesa cubierto con una sábana. Los dos Practicantes, junto al cadáver, leían en coro un poema, una especie de responso satírico en el que se fortalecía la necesidad de*

Tzántzicos dentro y fuera

la muerte de la vieja sociedad para que pueda surgir una nueva. De pronto se levantó el muerto y con gran vozarrón intimidó al público, diciendo: Orden, subversivos, desalojen la sala. Los 300 estudiantes que llenaban el auditorio salieron atropelladamente.

Estrella anota: El interés no era el espectáculo sino una provocación a favor de generar una conciencia crítica. Los actos tzántzicos eran coyunturales, una crítica de actualidad más que una depuración en los textos poéticos... Buscábamos escenarios para mantener un ritmo

semanal de lecturas en diversos espacios del país.

Y así era, efectivamente. En este tiempo de dictadores disfrazados, de trampas y corrupciones en la política y en la economía, de fiscales fiscalizados, de caos general, los tzántzicos habrían vislumbrado la presencia, no de un muerto por resucitar, sino de un Frankenstein en construcción dentro de un laboratorio. Es lo que nos entregan a diario los gestores de una patria que no sabemos a dónde la llevan. Frankenstein en acción bamboleante, terrorífica.



En casa del pintor Oswaldo Guayasamín, de izquierda a derecha: Simón Corral, Antonio Ordóñez, Raúl Arias, Alfonso Murriagui, Marco Muñoz, Euler Granda y Luis Corral.

Los actos recitantes de los tzántzicos

Coyunturales, de acuerdo a la vida social y política del Ecuador o de Latinoamérica, los tzántzicos elaboraron textos, poemas, canciones, collages. Con pocos recursos pero mucha imaginación, resolvían una puesta en escena de acuerdo al tema desarrollado.

Anotemos que durante el tiempo que gobernó la dictadura militar entre 1963 y 1966, se realizaron más de 15 recitales y numerosos eventos, alusivos a la política represiva.

Agustín Cueva valoró de manera precisa el papel desempeñado por los poetas tzántzicos y así se expresó en su ensayo Entre la ira y la esperanza:

En efecto, los tzántzicos aparecieron cuando en Ecuador se había pasado de la literatura de la miseria a la miseria de la literatura, para decirlo parafraseando a Marx, y por eso su primera reacción fue la de denunciar a los literatos y a la literatura-denuncia que por supuesto llevaba ya, implícita, la se-

vera acusación social que luego formularía de manera directa.

Ahora: odiado por los derechistas, detestado por mini y micro ensayistas que le aplican la cobarde y sistemática represalia del silencio, ignorado por pontífices y periodistas “sesudos” pero aplaudido en universidades, colegios, sindicatos, etc., el tzantzismo, tierno e insolente, es, mal que pese a sus adversarios, la verdad de nuestra cultura (y el público así lo siente: los tzántzicos son los únicos poetas capaces de tener lleno completo en cualquier local donde se presentan).

Negación de toda retórica, es, a la vez, nuestra poesía y la imposibilidad actual de una absoluta poesía: es el germen y el fracaso de nuestra ternura; la dimensión exacta, auténtica, de un momento en el que el artista toma conciencia del alcance social como de las limitaciones de la palabra. Por eso, entre el acto y el grito próximo al estallido, el tzantzismo se afirma como una forma de arte ceremonial y agresiva, destinada a vencer la capa de inercia, cuanto la barrera opresiva-repre-

siva que le oponen los detentadores del poder socio-político.

La herencia: proseguir en la lucha.

El tiempo, en su implacable recorrido, se ha ido llevando uno a uno a estos poetas de la resistencia y la formación de una conciencia social que permita enfrentar y detener a los detentadores del poder. Sus voces permanecen, su poesía es vigente, y en ella se alienta la lucha y la posibilidad de cambios estructurales. Dejaron huellas imborrables, que son recogidas por poetas de nuevas generaciones a las que es difícil engañar.

Un texto del año 62, publicado en la revista Pucuna, anotaba:

Damos por sentado que es imposible la existencia de un arte que defienda la injusticia y la explotación del hombre por el hombre. Sabemos que existe solo una posibilidad para lograr una buena obra y una verdadera actitud: la rebeldía.

Sin plantear una norma estética, reclamamos una actitud del creador. Su obra tiene que ser cumplida como respuesta a ese requerimiento, a esa aspiración del medio que estrechamente le rodea y de la humanidad con todas sus complicaciones.

No tenemos más que esta vida para vivir y tenemos que hacerlo en medio de esta revolución y por este mundo.

* **Raúl Arias.** (Quito, 1943). Formó parte del grupo de los Tzántzicos en la década de los años 60 y publicó en la revista Pucuna sus primeras producciones literarias. En los años 70 se incorporó a la revista La bufanda del sol. Entre sus obras literarias se encuentran: 'Poesía en bicicleta' (1975), 'Lechuzario, poesía' (1983), 'Espejo: un zapador de la colonia americana' (1989), 'Pedal de viento, antología poética' (2004). También ha trabajado en varias producciones radiofónicas como 'Pensamiento y cultura de Nuestra América' (1980), 'Escritores Ecuatorianos' (1981), entre otras.